

CERVANTES A LA VELADA LUZ DE UN SONETO DE BORGES

Carlos Orlando Nallim

Allá en la Sagra, de la Mancha Alta, en un rincón de España, castellano y castizo, un exsoldado, un excautivo, un siempre pretendiente, un buen escritor novel que se afama, se casa, a los treinta y siete años, con una doncella de diecinueve. Él, Miguel de Cervantes Saavedra; ella, Catalina Salazar y Palacios, con un árbol genealógico de luengas raíces en el lugar, de las cuales baste nombrar a los Vozmedianos, por donde corría sangre hidalga y noble desde hacía muchas generaciones. Hidalgo sí, pero con una fortuna escasa que sólo alcanzaba para vivir modestamente. Nacida y criada en el villorrio de Esquivias, sabía leer y escribir -inusual en las mujeres campesinas de aquel tiempo- tanto como para leer sus libros de devoción, y, no es de extrañar, el inevitable *Amadís de Gaula*, y para apreciar la calidad de su esposo, caballero venido de Madrid.

Encinas verdinegras y blanquecinas, olivos adustos y alineados, esperantes barbechos pardos y grises, viñedos deshojados que anuncian un vino nuevo listo para el brindis rural. Desde el 12 de diciembre de 1584, fecha del casamiento, el caballero vivió feliz junto a su joven mujer. Con ella y su familia pasó a ser un hidalgo más de los muchos que en Esquivias mantenían enhiestas sus cabezas respaldados en sus escudos de pie-

dra a la puerta de sus casas y en los arcones tallados con los pergaminos de sus ejecutorias de nobleza. De vida sobria -los escasos bienes no daban para más- estos manchegos y rurales hidalgos se asemejan sospechosamente, y mucho, a aquel otro *hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*. Cervantes fue feliz en Esquivias, en el único pueblo de la Mancha que conoció en profundidad. Aquí conoció el amor y también convivió con los hidalgos de mucho blasón y poco caudal que le ofrecieron personajes y vidas, rincones y ambientes para el escenario que luego escogerá para montar, con imaginación inaudita, su novela sin par.

No caeremos en la obsesión de buscar el modelo o los modelos vivos de los personajes del *Quijote*. Sí creemos que el ambiente y las gentes de Esquivias impresionaron al autor vivamente, lo mismo que el ambiente general de la época. En toda España, en aquellos tiempos, se respiraba una especial exaltación religioso-caballeresca, lo heroico era vigoroso e imbatible. Ambiente que crece en el siglo XV y se vuelca torrencialmente en el XVI. Los hechos heroicos de la ficción caballeresca se comparan con las hazañas de los héroes de carne y hueso que descubren mares y tierras urgidos por una insaciable sed de aventuras. También resisten y aun hacen retroceder el imperio turco. Ignacio de Loyola y su Compañía enfrentan la herejía y, como tantos padres conciliares españoles, apuran la reorganización de la Iglesia con el Concilio de Trento. Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz arremeten contra la rutina y la molicie para instaurar la actividad y el sacrificio religiosos. Cervantes es hombre de su tiempo, don Quijote es personaje de su tiempo, Esquivias es para Cervantes y don Quijote una fuente, un documento, un antecedente valioso, una realidad, un sueño.

Cervantes decide abandonar su vida feliz e inocente, *el famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus illustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos*. No se ha cansado, no se ha disgustado con su mujer. Hay pruebas de que la quiere y se quieren; pero lo cierto es que en mayo de 1587 abandona su Arcadia, también el teatro y las otras actividades literarias, para dedicarse, durante más de diez años, a no muy gratas labores administrativas al servicio de la Hacienda Real, en

Andalucía. Los dos años y medio de felicidad matrimonial y pueblerina se interrumpen cuando el caballero, Mancha adelante, busca nuevos horizontes, más generosos, menos estrechos que la digna pobreza del pueblo y se dirige a Sevilla. Este camino al Sur separará nítidamente dos etapas de su vida. Este camino al Sur nos introducirá en un mundo de "sórdidos oficios", en el que habrá de errar tratando con arrieros, carreteros, molineros, bizcocheros, alguaciles, cuando no enfrentándose con las autoridades rurales o urbanas, civiles o eclesiásticas. Siempre el mismo tema, fanegas de trigo y cebada, arrobas de aceite... Lejos ha quedado el soldado, el cortesano, el escritor. El autor parece sumergirse en un mundo prosaico y "oscuro".

Cuando se creyó "acabado, solo y pobre", cansado de los trajines de las comisiones, endereza su mirada hacia más allá de la fértil Andalucía, más allá de la extensa meseta manchega, hacia el Nuevo Mundo, pleno de aventuras, campo de héroes, tierra de valientes y audaces. Pronto debió fatigarse de hacer relaciones juradas, de firmar certificaciones por especies recibidas, de las pequeñeces de su vida de Comisario de Provisiones de la Armada, cuya función, taxativamente expresa, era, por ejemplo, "acopiar trigo, molerlo y fabricar bizcocho" y, si era necesario, "hacer los acopios bajo palabra y sin dinero", pagar con certificados, y por todo ello recibir una paga de doce reales diarios a cobrar "cuando hubiese oportunidad".

Quiere pasar a las Indias y hasta piensa que su experiencia administrativa lo habilitaba para ocupar alguno de los cargos, que, más allá del océano, sabía que estaban vacantes. Conocida es la respuesta. Breve, concisa, ofensiva: "Busque por acá en que se le haga merced". De nada le valió su experiencia, de nada le valió su "información de Argel" y el antiguo "memorial" al rey donde enumera sus servicios: Lepanto, el cautiverio... El Consejo de Indias contestó fríamente el 6 de junio de 1590 y en líneas marginales. Nuestro hombre permanece en España y continúa con sus comisiones. Seguirá contemplando "hundiéndose el sol, el ancho/campo en que dura un resplandor de cobre/se creía acabado, solo y pobre".

No pasó a América, no salió de pobre, siguió en "sórdidos oficios resignado/ erraba oscuro por su dura España". Fue

comisario por siete años, después inspector de alcabaleros y, por exceso de un juez, permanece en la cárcel de Sevilla durante siete meses. Por fin, en 1600, abandona Sevilla definitivamente: ha pasado trece años en Andalucía. Llegó a los cuarenta, se va a los cincuenta y tres. ¿Sin pena ni gloria? A principios de siglo, Francisco Navarro Ledesma, el ameno biógrafo de Cervantes, nos advierte con cierta severidad: "Los ciegos y sordos y memos que hablan de Cervantes sin amarle y sin haber pensado en él y en las circunstancias de su vida, sino sólo para darse pisto ellos y echárselas de literatos, suelen maldecir la temporada larguísima que pasó Miguel arbitrando trigo y aceite para escuadra. La vida es una peregrinación: quien no camina ¿qué sabe de ella?"

Cervantes estaba solo pero en compañía. Su soledad estaba habitada por muchos hombres, por muchas ciudades y pueblos, por pocos santos y muchos pecadores, por legisladores y burócratas e ilegales ciudadanos... sus experiencias son suyas propias, por lo tanto personales, pero no solipsistas. Tiene razón Borges cuando señala la soledad cervantina en sus quehaceres andaluces, contaminada con el agotamiento y la pobreza. Tiene razón Navarro Ledesma cuando advierte la rica experiencia acumulada por Cervantes en esos mismos quehaceres. Es que "la soledad, hora tras hora goteando sobre el alma, hace faena de forjador sobre ella. La soledad tiene algo de herrero trascendente que hace a nuestra persona compacta y la repuja. Bajo su tratamiento, el hombre consolida su destino individual y puede salir impunemente a la calle sin contaminarse por completo de lo público, mostrenco, endémico"¹.

Frente a la "sordidez" de su oficio, quien había sido soldado y héroe debía buscar en la resignación el consuelo de sus desgracias y decepciones, en la aceptación sin rebeldías, por motivos religiosos o, simplemente, por razones de conducta. Pero resignarse no sólo es aceptación; soportar lo inevitable, puede ser también un incorporar a la vida el fracaso, vitalizar lo negativo, sobre la base del sufrimiento inexorable volver a

¹ José ORTEGA Y GASSET. "Socialización del hombre", en *El Espectador*, 1934. *Obras Completas*. Madrid. Alianza Editorial. 1983. T. II. p. 744.

construir, renacer. Allá la luz de la gloria hazañosa, aquí la resignación, la oscuridad. En esta oscuridad no todo es confuso y aunque nos contiene y sobrepasa no es menos cierto que no cesa de inspirarnos y conmovernos. La oscuridad, en ocasiones, -y es lección permanente de la mística en casos extremos- no es sólo falta de luz, es también exceso de ella.

¡Cuántos crepúsculos melancólicos y también cuántos alegres amaneceres vivió Cervantes en su larga permanencia en Andalucía! Primero -no hay que olvidarlo- será Cervantes quien pase los días entre venta y posada, entre arrieros, trajinantes, mesoneros, frailes, estudiantes, molineros, soldados, vagabundos, gitanos, mozas del partido, escribanos, cuadrilleros, alguaciles... luego su imaginación los trasladará, artísticamente reelaborados, a su obra literaria. No es un melancólico desterrado que se mueve abatido en la sola espera de un futuro difícil y mejor. También en su tarea tan rutinaria y huérfana de valores estéticos pone todo de sí para sobresalir. Sus superiores lo distinguen como hombre eficiente, honesto y cabal y así lo recomiendan.

El "soldado de Urbina" renace una y otra vez. Creía a pie firme que como comisario de aprovisionamiento servía al rey lo mejor que podía. Cuando la armada "invencible" regresa lentamente, convertida en despojos, con la misma pluma que ha escrito y firmado sus liquidaciones a proveedores y "relaciones juradas", escribe en Sevilla su *Canción segunda de la pérdida de la Armada que fue a Inglaterra*:

"(...) no te parezca acaso desventura,
 ¡oh España, madre nuestra!,
 ver que tus hijos vuelven a tu seno
 dejando el mar de sus desgracias lleno,
 pues no los vuelve la contraria diestra;
 vuélvelos la borrasca incontrastable
 del viento, mar y cielo, que consiente
 que se alce un poco la enemiga frente,
 odiosa al cielo, al suelo detestable,
 porque entonces es cierta la caída,
 cuando es soberbia y vana la subida."

Solidaridad con el dolor del reino todo, aliento tras la aflicción. Su canción "primera" había sido de esperanza, de buenos deseos para la armada que partía al parecer indestructible. Luego, el poeta habría de sufrir intensamente por los largos días en que, a falta de nuevas, el rumor desesperanzado se extendía agorero por la Península; más tarde la triste realidad del gran esfuerzo desbaratado.

El escritor no se limita a los asientos de la no muy simple contabilidad real. Su pluma y su estro fijan la atención en otros hechos que luego serán base de su obra literaria. Aquí cabe recordar, por ejemplo, su paso por Montilla. De esta ciudad y en tanto que comisario de Su Majestad se lleva trescientas fanegas de trigo y setenta de cebada, al decir de los documentos archivados; pero se lleva algo mucho más importante, el recuerdo del proceso inquisitorial por hechicería y alcahuetaría de las Camachas, tan popular que pasó al romance y al cantar de ciegos. La noticia histórica nos dice que las Camachas de Montilla fueron una generación de brujas cordobesas, que vivieron al filo de los años andaluces de Cervantes. Éste, por intermedio del perro Berganza, nos cuenta con detalles pintorescos y hasta repugnantes la vida de estas hechiceras. El perro Cipión agregará que *todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras o apariencias del demonio*. Pero esta reacción cuasi racionalista no desdibuja el candor e interés que la leyenda popular expresa.

Muchas veces, nuestro poeta pudo, "hundido el sol", meditar y contemplar, pero no como un desterrado en las tierras andaluzas sino como un mortal a quien las circunstancias lo han llevado a "vivir" lejos de su hogar y de su Madrid. Cada vez que puede regresa a ver a su mujer en la castellana Esquivias. Extraña y con nostalgia, en su constante trajín andaluz, la paz arcádica de la aldea, donde la familia lo quiere y los vecinos lo respetan, donde la gente es honrada y el vino bueno. Pero es en Andalucía donde vive, donde sufre y goza, donde observa y guarda hechos y personas que habrá de recordar artísticamente, luego, en su obra de escritor.

Si hay en él un pesar melancólico por tiempos pasados, no es menos cierto que se observa un parecido estado por una existencia imaginaria o vislumbrada que no ha llegado a reali-

zarse. ¿Por qué no recordar, entre otros, un hecho cierto que entre la alucinación y la realidad sucedió por aquellos tiempos? San Juan de la Cruz había muerto en diciembre de 1591. Sus restos yacían en Úbeda, Jaén. Gente poderosa, desde Segovia y Madrid, se movieron para que secretamente estos restos fueran trasladados al nuevo convento carmelita de Segovia. De noche lo exhumaron con mucha cautela y los mercenarios metieron los restos en una maleta y regresaron poniendo fin así a la macabra tarea. Sucedió en el verano de 1593. Luego la imaginación popular le agregó una misteriosa aparición ante el breve cortejo portador de los restos y otros acontecimientos fantásticos. Años después, en el *Quijote*, en el capítulo XIX de la Primera Parte, Cervantes se sirvió de estos episodios para urdir la impresionante aventura del cuerpo muerto, que tiene comienzo en el temblor de un Sancho azogado y de un don Quijote al que se le erizan los pelos².

A partir de agosto de 1594 nuestro autor pasa a ser funcionario de la Hacienda Real. De comisario de aprovisionamientos en Sevilla a inspector de alcabaleros en Granada. Pero no olvida la bella ciudad del Betis, en la que, por ejemplo, lo sorprendemos en 1596. Razones hay para presumir que por esta época escribió *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, los primeros capítulos del *Persiles*, la *Canción desesperada*, que aparece en el episodio de Marcela y Grisóstomo, en el *Quijote*... Lo que no hay son pruebas terminantes. A pesar de los esfuerzos de la crítica, la cronología cervantina sigue siendo incierta. Un embrollo contable con la Hacienda Real y un juez torpe y extremoso dan con nuestro escritor en la Cárcel Real de Sevilla, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación. Esto ocurría en el otoño de 1597. Aquí permanece Cervantes unos siete meses. Para un inocente, es injusta y excesiva pena. Acaba de cumplir los cincuenta y, en medio del ruido y la incomodidad, se aísla para de alguna manera evadirse y en libertad interior escribir. Así surge un nuevo Amadís, pero esta vez será un caballero andante que quiere restaurar lo irrestaurable, que determina irse por todo

2 Creemos que esta fuente es cierta, aun considerando la posible parodia de un episodio inserto en el Palmerín de Inglaterra (I, 78).

el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Don Quijote y Sancho emergen de una cárcel. Su creador se evade interiormente, sueña, tanto que la Mancha, por ejemplo, aparentemente tan real en el libro, no es la misma que tantas veces atravesara Cervantes. Sería un error pretender medir la fantasía de un escritor con el metro de un cartógrafo. El escritor -sobre la base de una Mancha que se centra en Ciudad Real y, con límites imprecisos, se extiende a las provincias de Madrid, Toledo, Cuenca, Guadalajara y Albacete- crea una Mancha nueva, evocada, imaginada para escenario de su gran obra. La llanura ondulada, de pan llevar y abundantes viñedos, con ventas en los caminos y molinos de viento en los montes, no ha desaparecido pero se ha transformado en una región de la geografía literaria de lo maravilloso.

En julio de 1600 Miguel de Cervantes sale de Sevilla para no volver. Llegaba a su fin una prolongada e importante etapa de su vida. Un vivir ambulatorio, inquieto, sin lograr una situación económica desahogada o, como dice Borges, "a sordidos oficios resignado/ erraba oscuro por su dura España". Las letras no perdieron mucho: si la actividad del escritor fue escasa, el acopio de experiencias vitales y fértiles fue abundante. Vuelve a Esquivias y Madrid, pasa luego a Valladolid, nuevo asiento de la corte. Está entusiasmado por la gran obra que ya puede escribir. Su núcleo inicial, lo escrito en la Cárcel Real de Sevilla, ya tiene posibilidad de continuación, lleva el estro. En la tranquilidad de Esquivias, Toledo y Madrid y con la garantía de una modesta y segura hacienda podrá seguir escribiendo. Crea a Cide Hamete Benengeli, autor de la historia, en árabe, escrita en los papeles viejos que un muchacho pretendía vender en el Alcaná de Toledo. La fingida traducción al castellano habrá de ser la verdadera y legítima narración del *Quijote* que el autor nos lega. Ha descubierto su "música", vale decir, su musa. Se siente inspirado. Inspiración gestada a través de muchos años de desasosiegos, de querer y no poder, de intentar y fracasar, de vivir intensamente.

El escritor halla su propio mundo estético construyéndolo. Es un mundo mágico porque es imaginario y, a la vez, misterioso. Su *Quijote* produce -no es hipérbolo- efectos extraordinarios en el lector, aunque nos resulta difícil o imposible explicar enteramente el porqué. Su belleza íntima mana por el poder misterioso de su "música", de su musa, que inspira tan original obra literaria. Cervantes no sueña la vida, que puede ser tarea de hombres débiles, pero sabe hacer vivir sus sueños mediante la escritura, verdadero secreto del arte literario. En el mundo de las letras no sólo se piensa y escribe. La fuente se agotaría rápidamente. Para pensar y escribir también hay que saber soñar.

La ficción es imaginar; y con todo derecho podemos decir que el *Quijote* es una obra de ficción porque antes lo es de imaginación. Etimológicamente, ficción es, primero, modelar en arcilla, aunque y sin embargo, sea frecuente contraponer la ficción -representación mental- a la realidad. Nuestro autor supo vivir su realidad, supo también soñar; y aunque el sueño no es aprehensión de la realidad, forma con ella la ficción "embruadora" o "mágica" si usamos el vocablo de moda. En Cervantes se da el vivir intensamente, la "música" que lo inspira, el sueño que trasciende, el libro por excelencia, verdadera epifanía de la vida.

Vivir intensamente, soñar. ¿Acaso a los veinticuatro años, soldado bisoño, con fiebre cuartana y arcabuz dispuesto no hace su guardia, en el esquife de la *Marquesa*? En Mesina lo asignaron a la compañía del guadalajareño don Diego de Urbina, en las naves mandadas por Andrea Doria. En Corfú, el arcabucero no olvidó la sugestión de la fantasía literaria. Estaba en la isla de los feacios, tan propicia a Ulises. Allí el baño de la bella Nausicaa, allí el bosque de los álamos ofrecido a Minerva, allí toda una geografía mítica de sublime belleza. Y la contrapuesta realidad: allí contrae las cuartanas, enfermedad endémica en esta isla jónica.

Requeséns, Alvaro de Bazán, Andrea Doria, tres conductores, tres consejeros, tres nombres íntimamente asociados al de don Juan de Austria, el joven y apuesto hermano del rey, responsable y decidido generalísimo de la enorme flota: doscientas ocho galeras, seis galeazas, cincuenta y siete fragatas, ber

gantines, pataches etc.; sobre este suelo flotante unos veintiséis mil soldados y un número mucho mayor de marinos, remeros, aventureros... Esta flota habría de enfrentar a otra también colosal, la otamana, en Lepanto. Las dimensiones de las armadas, la juventud y arrojo del generalísimo, la experiencia y efectividad de sus almirantes hacían revivir en el Jónico las fantásticas aventuras del héroe por excelencia de los libros de caballerías, el Amadís, que no lucha ahora por el amor de una dama sino por un ideal político-religioso, la defensa de la Cristiandad del temido Islam.

Fantasia hecha realidad. Miguel, testigo de tantos preparativos e integrante de tanto poder desplegado, en su humilde puesto de arcabucero fue sancionado por el destino. El capitán de la nave, Sancto Pietro, por su fiebre lo recluye al camarote de la sórdida bodega. Llegado el momento de la batalla no quiso permanecer en su camastro y fue a ocupar su puesto: ¿locura?, ¿sentimientos de caballerosidad exacerbados?, ¿quijotada? Lo que fuese, lo cierto es que, de guardia en el esquiife de la Marquesa, interviene audazmente: recibe dos arcabuzazos en el pecho y otro en el brazo izquierdo... el dolor lo vence, se le cae el arma y el escudo, mana abundante sangre... el hospital de Mesina... su mano izquierda queda inútil. Cuando escribía la Segunda Parte del *Quijote*, reacciona ante el falso *Quijote* de Avellaneda y afirma: *Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiese sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.* La honra lo sostiene, el cielo de la honra lo distingue.

Cuando quiere ponderar la valentía del soldado, recuerda el ardor de la batalla sin nombrarla: *Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventajas el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón...* Pero más que la descripción del episodio podemos exaltar la virtud del soldado valiente o del caballero arrojado con el decir cervantino de *intrépido corazón y la honra que le incita.*

Si así obraba y así soñaba, no nos puede llamar la atención que Cervantes hallase en los libros de caballerías un "mágico pasado", inspirador de su singular libro. Lanzarote, el héroe de las novelas bretonas y de las leyendas del Santo Grial, es invocado en varias ocasiones y adquiere, en un momento dado, la importancia de ser fundador de una de estas enmarañadas familias de larga tradición. Don Quijote recuerda al gentil-hombre Vivaldo las historias de Inglaterra que tratan las hazañas del rey Arturo y de la institución de la orden de los caballeros de la Tabla Redonda. También alude a los amores de don Lanzarote del Lago y como *desde entonces, de mano en mano, fue aquella orden de caballería estendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hiscarnia, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia.*

Genealogía caprichosa pero alentada por ciertas similitudes: ambientes de cortes reales, amores secretos, descripción minuciosa de los combates, presencia de poderes sobrenaturales, ya maléficos, ya beneficiosos, y la técnica narrativa de entrelazamiento de las aventuras, especialmente entre los dos héroes fabulosos y grandes, padres prolíficos: Lanzarote y Amadís. No podemos olvidar —en esta familia de Bretaña— a Tristán y su amor por Iseo que tanto influyen en Amadís. Del Amadís de Gaula, caballero guerrero y enamorado, a don Quijote hay siglos de distancia —amortiguados por la edición de Rodríguez de Montalvo de 1508— y, sin embargo, su proximidad es evidente. El Amadís, don Quijote, la parodia que los une, el pensamiento suscitado que cala hondo se condensan en Cervantes. En cuanto a la presencia del ciclo carolingio, una buena y conocida muestra es la representación, en el retablo de mause Pedro, del episodio de la libertad de Melisendra por don Gai-feros. Cuando se escribe el *Quijote*, estos personajes, forzoso es recordarlo, ya lo son también del romancero castellano.

Los temas carolingios, las leyendas sobre Troya y, especialmente, los "romans" artúricos, al pasar del francés al cas-

tellano, se renuevan y adquieren caracteres literarios distintivos. Esta es la vieja mitología. En 1508, con el *Amadís* nace una nueva mitología, fecunda e influyente, con nuevos dioses, magos, encantadores, dragones, doncellas y héroes enamorados. Cervantes, como tantos otros españoles, bebió en esta maravillosa fuente que se le ofrecía, pero sólo él supo, a partir de este "mágico pasado", escribir un monumento de la literatura universal, *Don Quijote*.

Cervantes halló en el relato fabuloso de hazañas de héroes, por él soñados o a él revelados por la tradición caballeresca, un mundo superior, intangible, que lo alejaba de la rutina y de la vida miserable. Creó nuevos mitos, creó su mundo mágico. Lo creó con palabras y lo pudo alejar en el tiempo, hasta llegar a un tiempo primitivo, originario, anterior al tiempo. Pero Cervantes era un hombre inquieto y moderno y supo escapar del inmovilismo mítico y despertar de ese sueño cada vez que pensaba, sin rechazarlo del todo. El mito también es símbolo y por lo tanto germen del pensamiento, aun a riesgo de falsearlo alguna vez. En estas construcciones mentales esenciales o puramente imaginativas, Cervantes halló un refugio vital y creó el nuevo mundo del *Quijote*.

TEXTO DEL SONETO DE BORGES

Un soldado de Urbina

Sospechándose indigno de otra hazaña
 Como aquélla en el mar, este soldado,
 A sórdidos oficios resignado,
 Erraba oscuro por su dura España.

Para borrar o mitigar la saña
 De lo real, buscaba lo soñado
 Y le dieron un mágico pasado
 Los ciclos de Rolando y de Bretaña.

Contemplantela, hundido el sol, el ancho
 Campo en que dura un resplandor de cobre;
 Se creía acabado, solo y pobre,

Sin saber de qué música era dueño;
 Atravesando el fondo de algún sueño,
 Por él ya andaban don Quijote y Sancho.*

* Soneto incluido en el libro El otro, el mismo (1964). En Jorge Luis BORGES. Obras Completas. Buenos Aires, Emecé Editores, 1974. A título de curiosidad conviene recordar algunas palabras del "Prólogo": "De los muchos libros de versos que mi resignación, mi descuido y a veces mi pasión fueron borroneado. El otro, el mismo es el que prefiero. ...Este libro no es otra cosa que una compilación. Las piezas fueron escribiéndose para diversos moods y momentos, no para justificar un volumen. ...La poesía quiere volver a esa antigua magia. Sin prefijadas leyes, obra de un modo vacilante y osado, como si caminara en la oscuridad. Ajedrez misterioso la poesía, cuyo tablero y cuyas piezas cambian como en un sueño y sobre el cual me inclinaré después de haber muerto".